

# PERMANENTE VIGENCIA

## DE LOS

### PRINCIPIOS MORALES

*"La fuerza de las Armas no es fuerza  
bruta, sino fuerza espiritual."*

ORTEGA Y GASSET

Vivimos en un mundo atómico y cosmológico, donde los adelantos de la ciencia y de la técnica se suceden con vertiginosa rapidez, en todas las ramas y aplicaciones del saber humano.

Un mundo torturado por graves y variados problemas, donde aparecen fisuras en los cimientos de instituciones que, hasta la fecha, las hemos considerado inamovibles porque las sostenía la fe. Me refiero a esas palabras sobrecogedoras que pronunció el Papa el 29 de junio de 1972, en las que declaró su miedo «a que por alguna grieta hubiese entrado el humo de Satanás en el templo de Dios, y que el demonio se hallase confortablemente instalado en el seno de su Iglesia».

---

(\*) El presente trabajo corresponde a la brillante conferencia que el Excmo. Sr. D. Mateo Prada Canillas, Capitán General de la Sexta Región Militar, pronunció el día 20 de febrero de 1976, en el Salón de Estrados de la Excmo. Diputación Provincial, ante la Academia en pleno y un selecto y distinguido auditorio, entre el que se encontraban el Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo de Burgos, los Excmos. Sres. Presidente y Fiscal de la Audiencia Territorial, el Excmo. Sr. Gobernador Civil, los Ilmos. Sres. Presidente de la Diputación y el Alcalde Presidente del Excmo. Ayuntamiento de la Ciudad, así como Generales Jefes de los Servicios de la Región, la esposa del Ilustre conferenciante, acompañada por otras distinguidas damas, entre ellas la Marquesa viuda de Yagüe, y esposas de Generales y Académicos.

Un mundo de ideas nuevas en cuanto a religión, política, moral y costumbres ingeridas sin maduración, sin el reposo que exige la meditación profunda, ampliamente difundidas por los medios de comunicación, y que impulsan al hombre, sin que pueda darse cuenta, a un materialismo desenfrenado.

Un mundo donde impera el materialismo a ultranza y la felicidad se expresa en «rentas per cápita», índices de producción y consumo, exportación e importación, luchas por los mercados mundiales, etcétera, etcétera.

Para contrarrestar, en la medida de mis fuerzas, ese hedonismo que nos invade, he querido elegir como tema de esta charla algo que remanse nuestro espíritu, algo que pacifique nuestra alma, algo que es crucial, fundamental y eterno: «Permanente vigencia de los principios morales».

¿Es que resulta imposible evitar, o al menos contrarrestar, esta invasión de ideas disolventes sobre la Religión, la Moral y la Patria?

No pensamos que es tarea fácil inculcar estas ideas en los tiempos actuales y en las nuevas generaciones. En el panorama mundial al que hemos aludido se discute de todo y por todos; unos, de buena fe, acertada o equivocadamente, y otros, con fines disolventes y destructivos.

En todo ello hay una verdad, que ni debemos ocultar, ni podemos eludir. Ya no basta asegurar, y hasta me atrevería a decir, ni ordenar algo. Ya no hay «artículos de fe»; todo se discute; todo se analiza y de todo se duda: Y naturalmente que la formación moral, menos que ninguna, puede excluirse de este cuadro en el que se enmarca un criterio dialéctico a ultranza. Y aquí es donde reside el peligro para el que debemos estar preparados, ya que, una vez más, se cumple la aseveración evangélica: «la gran listeza de los hijos de las tinieblas».

La conversación, el diálogo, el contraste de pareceres, ¡la dialéctica!, que en sí podría ser buena, tiene sus quiebras. Recordemos a tal efecto la evolución sufrida por la propia dialéctica, nacida como sencillo arte del diálogo: A Heráclito, como precursor de la misma, se opone enseguida Parménides, y es posteriormente a Zenón de Elea, discípulo de Parménides, a quien considera Aristóteles como creador de la dialéctica. Sócrates, le da un carácter lógico. Platón, la transforma en un método científico. Con Eckart, Santo Tomás y Nicolás de Cusa, llegamos al Renacimiento. Con Kant, Hegel y Marx, llegamos a las teorías más conocidas y discutidas; a las que podríamos agregar otras más modernas, como las establecidas por Sartre o la Escuela de Munich.

Permitidme recordar, a propósito de la versatilidad de estos criterios, cómo la dialéctica marxista, adaptada a sus necesidades, llega a considerarse por Lenin, Stalin y otros dialécticos soviéticos, como «la mejor herramienta de que dispone el partido para conseguir sus propósitos revolucionarios».

Aunque también es de reconocer que, hoy día, se nota cierta preocupación en el ambiente soviético por la lógica formal no-dialéctica.

No quisiera que tomaseis este inciso y citas sobre la dialéctica, como un lucimiento erudito. Simplemente, he querido haceros ver lo difícil que puede resultar el diálogo, según las intenciones del oponente. Y consecuentemente, la necesidad de prepararnos para él, con firmes conocimientos técnicos, pero sobre todo, con sólida convicción espiritual y moral. Nuestra mejor herramienta debe ser la permanente verdad de Dios y Patria.

Y esta convicción, entre otras razones, es lo que ha influido en mi ánimo para elegir un tema sobre moral; un tema, dirigido al espíritu, como máximo exponente de esa permanente verdad de la Patria y de Dios.

Vivimos en una época en que el mundo se debate ante una ola de materialismo, que pretende destruir la moral individual y familiar en aras de un desenfrenado disfrute de los bienes materiales, con abandono de cuanto significa sacrificio y esfuerzo personal.

La progresiva desacralización de individuos y familias ha dado paso al comunismo, producto del capitalismo, en grande y de creciente escalada que precisa que se consuma hasta el derroche, para mantener la producción masiva que a su vez condiciona el empleo total de la mano de obra dentro de la más avanzada mecanización, supuesto éste, indispensable para mantener y ampliar en cantidad y variedad, la masa de consumidores, condición necesaria para que el sistema funcione.

El consumo creciente y masivo, estimulado hasta el paroxismo, conduce al hedonismo que es la más grave enfermedad de unas comunidades cada vez más alejadas de Dios. Una sociedad hedonista y desacralizada es el campo más apropiado para recibir los elementos conducentes a su autodestrucción; la pornografía comentada y divulgada por todos los medios lleva de la mano a evitar la procreación, al uso de drogas, a las prácticas abortivas y a la popularización del divorcio. En suma, que tenemos ante nosotros la destrucción de la familia y el resquebrajamiento de la sociedad en un movimiento progresivamente acelerado.

El terrorismo, como manifestación de violencia bélica subversiva, con sus actuaciones de comandos o de guerrillas urbanas, sería fácilmente destruible por una sociedad moralmente sana, sin la apatía que el puro materialismo conforma, en la que el sentido de colaboración para su autodefensa se manifestara de forma más ostensible, pero en una sociedad que, a pasos agigantados, se desvertebra por su entrega al hedonismo, es difícil encontrar unos serios, eficaces y masivos mecanismos defensivos; la inconsciencia y la frivolidad colectivas no son el campo mejor abonado para encontrar soluciones de fondo.

A partir de este momento, comienza para mí una tarea muy difícil:

difícil por la sencillez del tema y al mismo tiempo por su profundidad y trascendencia.

Los principios morales son, en las Fuerzas Armadas, esenciales y fundamentales; pero también deben serlo en todas las instituciones de la Nación, en todos los estamentos sociales, en cada ciudadano.

Los principios morales son en esencia: la disciplina, la moral, el honor, el deber y la justicia.

La preparación física, moral e intelectual de los cuadros de mando y tropa; una organización adecuada a los fines de la Defensa Nacional; y la dotación necesaria de armamento y material, en cantidad y calidad, determinan el valor de las Fuerzas Armadas; pero, sobre todo, los valores morales y espirituales son los que, de una manera perenne, dan vida a dichas Fuerzas, ya que ellos deben encontrarse reunidos en el hombre que constituye su base.

En el comienzo de la historia de la humanidad, el hombre primitivo luchaba por el mantenimiento de su existencia, bien aislado, o integrado en la familia, la tribu, la horda, que son las primeras organizaciones sociales.

En el devenir del tiempo, lucha por la adquisición de tierras, manantiales; por todo lo que le es indispensable para satisfacer sus necesidades.

En otra era de la historia de la humanidad, lucha por la conquista de ideales, como la fe o el fanatismo; o por lograr una mejor distribución de la riqueza.

Finalmente, vemos que el hombre lucha por la adquisición de materias primas, necesarias para mantener el mundo industrial que ha creado; por el control de los mercados mundiales, y el mantenimiento de áreas estratégicas.

Esa lucha perenne del hombre es la guerra, que puede considerarse como un fenómeno social, y cuyas causas originarias, complejísimas, oscilan entre las más altruistas, las más nobles, y las más bajas, egoístas y despreciables.

El hombre, desde el punto de vista de su estructura orgánica, está constituido para la lucha; y ésta es la razón por la cual la guerra, como fatal determinismo, le será compañera a la humanidad en su existencia.

El hombre, hemos dicho, constituye el elemento fundamental integrador de las Fuerzas Armadas, y para que éstas sean eficientes, necesita, aquél, tener una preparación adecuada, tanto técnica como moral; y debe recibir una educación especial cuyos principios básicos fundamentales deben estar cimentados en la disciplina, moral, honor, deber y justicia.

## LA DISCIPLINA

Nuestro diccionario define la disciplina como: «Doctrina, instrucción

de una persona especialmente en lo moral. Observancia de las leyes y ordenamiento de una profesión o instituto».

Siempre que hablamos de disciplina, la relacionamos con algo de carácter militar; y esto es un error, ya que, básicamente, debe aplicarse a la conducta general de los individuos de la familia; de las provincias; de las regiones; de una o varias naciones, en su vida interna o relaciones externas. Si existe la disciplina, esa disciplina que arranca del corazón, por estar basada en la justicia y en la comprensión, hay más coherencia, y más poderío entre sus miembros.

A través de la Historia de la Humanidad, hemos comprobado que los pueblos alcanzan un grado de civilización óptimo cuando la disciplina brilla con todo su esplendor, y por el contrario se hunden en el caos, la miseria y la barbarie cuando han perdido todo respeto a la disciplina.

En épocas remotas, la indisciplina de las ciudades de Atenas las sumió en la servidumbre. Y Roma oyó sonar la hora de su decadencia cuando, destruido todo respeto a la disciplina, no existieron más leyes que la voluntad de los emperadores efímeros, elegidos y derribados por los soldados; fue entonces cuando pudieron triunfar las invasiones bárbaras.

Es cierto que la disciplina alcanza su máximo valor en las Fuerzas Armadas. Es su médula, su base, su alma metafóricamente hablando; pero no es menos cierto que la disciplina debe reinar, también, en la familia, en la sociedad, en la nación, por todo lo expuesto anteriormente.

En épocas bien recientes, hemos contemplado cómo algunos titulados ejércitos, bien dotados de armas y material, pero sin disciplina, han sido derrotados por otros inferiores, pero magníficamente disciplinados. Aquéllos, eran tan sólo una chusma armada; una multitud inconsciente y desordenada, incapaz de realizar ningún acto benéfico hacia la sociedad; un grupo falto de control, que no sirve ni para defender sus propias armas.

Cuando los miembros de las Fuerzas Armadas ponen toda su voluntad e inteligencia en el cumplimiento del deber, acatan las leyes y reglamentos, y ajustan su conducta a las más puras normas de moral militar, la disciplina brilla con todo su esplendor; y la Institución, estará admirablemente disciplinada.

Hay una magistral definición de la disciplina; la que nuestro Generalísimo dirigió a sus Cadetes de la Academia General Militar el 14 de julio de 1931, con la enorme amargura de ver cerrar sus puertas:

«¡Disciplina! Nunca bien definida y comprendida. ¡Disciplina! Que no encierra mérito cuando la condición del mando nos es grata y llevadera. ¡Disciplina! Que reviste su verdadero valor, cuando el pensamiento aconseja lo contrario de lo que se nos manda; cuando el corazón pugna por levantarse en íntima rebeldía, o cuando la arbitrariedad, o el error, van

unidos a la acción del mando. Esta es la disciplina que os inculcamos, ésta es la disciplina que practicamos; éste es el ejemplo que os ofrecemos».

Las Fuerzas Armadas son una institución jerarquizada que va en sentido ascendente, desde el soldado, al Capitán General; y siempre, indefectiblemente, deberá existir el mando, es decir, el órgano que ordena y el que ejecuta; el que manda y el que obedece. Y así, comprendemos que la disciplina está sostenida de modo directo, e ineludible, por la obediencia; pero aún hay más; en esta situación jerárquica, aparece la subordinación, que enlaza el grado inferior con el superior, y la consecuencia lógica es la obediencia.

En los tiempos actuales, la obediencia es, para algunos sectores, algo degradante; algo así como si le quitaran a uno la libertad; algo contrario a la dignidad humana. Y esto es un craso error.

La obediencia tiene una base moral profunda, real y hermosa, propia de espíritus sanos.

La obediencia eleva al individuo, pues sobreponerse al orgullo, a la vanidad personal, y obedecer al superior para la realización de fines que están por encima de los intereses individuales, en beneficio de los intereses sociales, es algo por lo cual todo ser humano debe sentirse elevado hasta lo sublime en su propia dignidad y espíritu.

## LA MORAL

Todo el bello edificio de la disciplina se derrumbaría si no estuviese cimentado con los más puros principios de moralidad; ésta es el sostén de aquélla y no caben fisuras en esos cimientos.

La violación de una regla moral exige una rápida y enérgica sanción que sirva de ejemplaridad. Y así, nuestro Código de Justicia Militar reglamenta la constitución y organización de los Tribunales de Honor que juzgan cuando en conciencia se tiene la evidencia de que ha sido vulnerada alguna regla moral.

## EL HONOR

Si las reglas morales son los cimientos de la disciplina, el honor es su piedra angular.

Podemos definir el honor como un sentimiento o convicción profundamente moral, que nos impulsa a obrar siempre bien, rectamente, no solamente en las Fuerzas Armadas, sino, y esto es muy importante, en el seno de la sociedad en que vivimos y en el seno de la familia. Y a cumplir con nuestros deberes, a conciencia y con exceso.

Cuando se dice: «Doy mi palabra de honor», vaciamos en esta frase la estimación que se siente por esa virtud o valor moral, y constituye la mayor garantía que se puede ofrecer.

El concepto del honor se confunde frecuentemente con el concepto de la honra, y consideramos necesario matizar ambos para precisar la profunda sima que los separa.

Sólo tienen de común que son un valor moral importantísimo, pero he aquí las diferencias esenciales: El honor se encuentra en la «psiquis» del hombre; la honra, en el exterior; es decir, el honor refleja un carácter interno en el propio individuo; la honra es la condición externa lo que la caracteriza.

El hombre de honor es el que cumple íntimamente con sus deberes; el hombre honrado recibe de sus conciudadanos y amigos la declaración de justicia de que los cumple.

Si deseamos ser honrados socialmente, hay la obligación, el ineludible deber de actuar dentro de las rectas líneas que la moral y el derecho señalan; y así se acrecentará el propio honor, el respeto de nuestros semejantes y el estímulo al sentirse por ellos honrados.

Entre el hombre de honor y el hombre honrado surge el hipócrita, que no siendo hombre de honor, aparece como hombre honrado.

A través de la historia de la humanidad, el concepto honor ha sido interpretado de muy diferentes formas por las distintas razas, culturas, etc.

En la Antigüedad se apreció el honor como virtud colectiva.

En la Edad Media, el hombre de honor estaba representado en la señera figura del caballero.

En el transcurso del tiempo, las costumbres empiezan a desvirtuarse influenciadas por diversos factores: los poderosos medios de comunicación; los niveles de vida; la rapidez y facilidad de los transportes, etc. Esto hace que el hombre se coloque en una actitud escéptica, indiferente, ante la filosofía y la religión; y como consecuencia lógica, el honor se desplaza por la fuerza de otras ideas plenas de materialismo.

El hombre intenta justificar su relajamiento con la frase: «Siguiendo el sentido práctico de la vida», lo cual ha dado lugar a que tratemos a tantos y tantos hipócritas, los que, recordaréis, no siendo hombres de honor, aparecen como hombres honrados.

Si en alguna esfera social el honor puede perder su valor y seguir subsistiendo aquélla, en las Fuerzas Armadas no; aquí debe brillar con toda su pureza pues si no, la disciplina se desmembra y todo el edificio militar se derrumbaría.

## EL DEBER

Hay una serie de obligaciones escritas que un militar debe cumplir recatemente. Pero hay otras, no escritas, contenidas en ese magnífico artículo de nuestras ordenanzas que comienza así: «El oficial cuyo propio honor y espíritu no le estimulen a obrar siempre bien, vale muy poco para mi servicio»; y ésta es la médula y esencia del deber en su más amplio sentido.

El deber, pues, tiene como motores poderosos el honor y el espíritu.

Toda sociedad organizada impone a sus miembros deberes; y del recto cumplimiento de éstos, depende en gran parte la buena marcha de la sociedad.

El deber está por encima del mismo individuo ya que se impone por los principios que la sociedad ha creado para su mantenimiento e integridad.

No pocas veces nos resulta áspero, difícil, y exige penosos sacrificios el cumplimiento del deber. Pero es la única senda, el único camino asequible para el militar que tiene conciencia de su dignidad, y la importancia de la misión que la patria le ha confiado.

## LA JUSTICIA

Es la Justicia lo que debe hacerse según razón o derecho. Constituye en las Fuerzas Armadas uno de sus pilares fundamentales. Y todo militar debe ajustar su conducta dentro de la más estricta justicia.

En el ejercicio del mando, el superior se convierte en juez para la aplicación inmediata de un correctivo disciplinario, o para la sanción que haya de aplicar al infractor de una ley, por la comisión de un delito.

No solamente tiene un sentido de castigo la aplicación de la justicia, sino, y esto es muy importante, debe aplicarse como concesión de premios para aquellos que se excedan en el cumplimiento del deber y observan una vida militar sin tacha ni mácula; en ambos casos, el superior debe tener muy presente que la dispensa o perdón a una falta grave, el rigor innecesario al incurrente en leve omisión, la concesión de premios por razones ajenas a los méritos propios reconocidos pública y notoriamente, traerá como consecuencia inmediata la murmuración, que corre como pólvora encendida. Y lo que es más grave, el relajamiento de la disciplina.

Y ahora, después de este breve repaso sobre lo que constituyen los valores morales, quisiera que otras voces más autorizadas que la mía nos



confirmaran la importancia primordial de esta espiritualidad, tanto en las Fuerzas Armadas como en el desarrollo de los hechos bélicos.

Por ello voy a dedicar unos minutos, pocos, a citas relacionadas con estos conceptos; porque creo que no está de más traer aquí lo que, sobre la espiritualidad de nuestra función, dicen los grandes pensadores modernos. Y a este respecto, empecemos por quien no puede ser tachado de «partidista».

Dice Ortega y Gasset en su obra «España invertebrada»:

«Medítese un poco sobre la cantidad de fervores, de altísimas virtudes, de genialidad, de vital energía que es preciso acumular para poner en pie un buen Ejército. ¿Cómo negarse a ver en ello una de las creaciones más maravillosas de la espiritualidad humana? La fuerza de las armas no es fuerza bruta, sino fuerza espiritual. Esta es la verdad palmaria, aunque los intereses de uno u otro propagandista les impida reconocerla. La fuerza de las armas, ciertamente no es fuerza de la razón, pero la razón no circunscribe la espiritualidad. Más profundas que ésta, fluyen en el espíritu otras potencias; y entre ellas, las que actúan en la bélica operación. Así, el influjo de las armas, bien analizado, manifiesta, como todo lo espiritual, su carácter "predominantemente persuasivo".»

Y este mismo autor, en su obra citada, al referirse al analizado concepto de espiritualidad en el Ejército dice:

«Comprendo las ideas antimilitaristas, pero no las comparto.»

Y este afirmar la espiritualidad del empleo de la fuerza de las armas; y en descargo de responsabilidad de las atrocidades que la guerra comporta, recordemos también algunos principios, pensamientos y conceptos bélicos.

Clausewitz, en su libro «De la guerra», dice entre un sinfín de conceptos, ninguno de ellos despreciable:

«El empleo de la fuerza física no excluye, de modo alguno, la cooperación de la inteligencia.»

Y la tan conocida frase:

«La guerra es la simple continuación de la política con otros medios»; para añadir, completándola: «No es simplemente un acto político, sino un verdadero instrumento político, una continuación de las relaciones políticas, una gestión de las mismas con otros medios».

Mao Tse-Tung, en la obra «Citas del presidente», considera a la guerra con el mismo carácter inteligente, al afirmar:

«La guerra es política, y es en sí misma una acción política.»

Lenin recoge el pensamiento de Clausewitz, como tesis básica de la dialéctica aplicada a la guerra enunciada en esta otra forma:

«La guerra es la continuación, por medios violentos, de la política seguida mucho antes de la lucha, por las clases dominantes de las potencias que guerrear.»

Ya en 1920 decía Lenin:

«Dentro de cincuenta años los Ejércitos no tendrán gran sentido. Habremos corroído tan bien a nuestros enemigos antes de que estalle el conflicto, que el aparato militar fallará en la hora de la necesidad.»

Y estamos en 1976, cumplido el plazo que se impuso Lenin, y cuyas teorías fielmente han seguido sus continuadores del comunismo, con su «pacificismo de exportación»; y con su «coexistencia pacífica», que recuerda a los lobos disfrazados con piel de cordero.

En el mundo actual, cuyo marco hemos esbozado al principio de esta charla, contemplamos atónitos cómo esa profecía de Lenin se va cumpliendo paso a paso, no sólo por la actuación de sus partidarios, sino por la de los «tontos de turno» y «comparsa» que bajo frases y conceptos vagos, pero insidiosos y de fácil retención, tratan de inmiscuirse en los asuntos internos de instituciones tales como las Fuerzas Armadas y corroer sus cimientos. Pensando en mi Patria me atrevo a calificar de suicidas a los responsables y corifeos del ataque a estas instituciones básicas e insustituibles para la convivencia pacífica de todos los españoles, y pusilánimes y cobardes a los que no se oponen con todas las fuerzas de su alma y de la Ley a esas maniobras.

En el mensaje póstumo de nuestro querido Generalísimo, entre otras cosas nos advirtió a todos los españoles: «...No olvidéis que los enemigos de España y de la civilización cristiana están alerta. Velad también vosotros y para ello deponed, frente a los supremos intereses de la Patria y del Pueblo español, toda mira personal...».

Esa corrosión que invade la actual sociedad por doquier, sólo puede ser frenada, combatida, con la exaltación de los valores morales tan subestimados hoy, por ser el objetivo que están tratando de conseguir, si no lo han conseguido ya, las fuerzas destructoras de la civilización cristiana.

La masa del pueblo tiene aún más elementos morales suficientes para una reacción integradora y moralizante, pero es preciso ayudarla; si las minorías rectoras de políticos, filósofos, periodistas, universitarios, educadores, sacerdotes, etc., sienten la necesidad de formar una conciencia colectiva para la supervivencia y se ponen seriamente a la tarea, es seguro que la generación que hoy está naciendo podrá revertibrar la sociedad cuando llegue a la edad de hacerlo, ya que antes se habrá contenido el proceso de deterioro.

En una sociedad como la nuestra, lo suficientemente rica para poder y querer ser justa y lo suficientemente culta para poder comprender que

precisa una moral de equilibrio, ponderación, laboriosidad y austeridad que, con escasos sacrificios podría llegar a una equilibrada comunidad sin clases, aunque con la natural y precisa ordenación jerárquica, meta ésta inexorable a la que se ha de caminar, puede salvarse, salvo que antes todo se destruya en el caos.

Para terminar esta charla, en la que he tratado de ensalzar los valores morales y espiritualidad de las Fuerzas Armadas, y de sus hechos bélicos, la resumiré en una frase que es fruto y consecuencia de la puesta en práctica de esos valores del espíritu: «la satisfacción del deber cumplido».

A este respecto, permitidme que recuerde un hecho que me impresionó por la grandeza de su sencillez, y que cito siempre en ocasiones solemnes:

Un amanecer, no importa de qué día, ni de qué mes, ni de qué año, siendo Capitán de La Legión durante la Cruzada de Liberación, tuve el honor de que se me confiara la misión de reconquistar una posición clave del sector defensivo de Gadesa llamada el «Pico de la muerte».

Al amanecer de ese día, que no importa cual fuere, la misión fue cumplida por mis bravos legionarios; pero en el fragor del combate, veo bajar, entre los riscos, en una camilla portada por dos legionarios, gravemente herido, a mi joven Alférez Provisional Mario Emilio Muñoz Díaz.

Entre el estruendo de las explosiones, me arrodillo a su lado, le estrecho entre mis brazos con lágrimas en los ojos, y sin un gesto de dolor, en el momento de expirar, el Alférez Mario Emilio Muñoz, susurró a mi oído: «¿Está usted contento de mí, mi capitán?».

Es la más maravillosa lección que he recibido del sentimiento del deber cumplido.

Señoras, señores,

Al anochecer de cada día en el santuario de nuestra alma y ante el altar de la Patria debemos formularnos esa pregunta; y si ese cerebro electrónico que no se equivoca jamás, cual es la conciencia, nos da una respuesta afirmativa, habremos cumplido con Dios y con la Patria.

*Mateo PRADA CANILLAS*

Capitán General de la Sexta Región Militar